

La educación en el contexto De la globalización

Miguel Monroy Farías*

RESUMEN

El trabajo es el resultado de la reflexión sobre la experiencia en la enseñanza y el aprendizaje de la asignatura de “La educación en el contexto de la globalización”, y del análisis de representaciones de profesores que estudian la maestría en educación, sobre sus concepciones con relación a esta sociedad de cambios rápidos, de pasos acelerados, que va muy de prisa y que deja escaso tiempo para pensar. Se analiza primero “la vida de los profesores fuera de las aulas”: el agobio, la angustia, la inseguridad y la incertidumbre que les genera la globalización. En segundo lugar, se reflexiona sobre “la vida de los profesores en las aulas” y la presencia de las repercusiones funestas de la globalización en ellas. Finalmente, se propone una alternativa para el desarrollo profesional de los docentes: la reflexión docente.

ABSTRACT

This work is the result of reflection on the experience of teaching and learning in the course “Education in the context of globalization” as well as of the analysis of the representations of teachers studying the Master’s in Education, their concepts in relation to this society in rapid change which leaves little time to think. The first analysis focuses on “the teacher’s life outside of the classroom”: the burden, anxiousness, insecurity and uncertainty they feel as a result of globalization. Next is a reflection on “the teacher’s life in the classroom” and the disastrous repercussions of globalization within them. Finally, an alternative is proposed for the professional teacher development: reflection on teaching.

INTRODUCCIÓN

El mundo actual se caracteriza por la globalización de los mercados, por el incremento del intercambio económico y financiero. Sin duda, la globalización promete mejoras en el desarrollo económico y tecnológico; pero también es un intercambio desigual, inequitativo e injusto. Los países menos desarrollados en ciencia y sin tecnología de punta, ven vulnerada su economía, su soberanía y, lo que es peor, sus habitantes padecen condiciones de vida poco dignas. No es posible vivir fuera del mundo globalizado, ni de las consecuencias negativas que genera, pero podemos, a través de la educación, impulsar el sentido y el significado de vivir y actuar con dignidad en este mundo globalizado.

Este documento intenta promover la reflexión sobre cómo la globalización está presente en nuestra vida cotidiana, cómo ha impactado en el desfundamiento de los valores, cómo genera

* Doctor en Pedagogía. Profesor UNAM, FES Iztacala. mialan@servidor.unam.mx

ansiedad e incertidumbre en las personas, pero también cómo iniciar o continuar con prácticas educativas orientadas a la mejora de la formación humana y no solamente para formar a profesionistas *competentes*. El presente trabajo se nutre de reflexiones de estudiantes de posgrado de la Universidad La Salle Pachuca que han cursado la materia de *La educación en el contexto de la globalización*.

La globalización

Vivimos en una sociedad de cambios rápidos, que van a pasos muy acelerados y, a veces muy de prisa. Hoy vivimos en una especie de apoteosis de lo fugaz, de la inmediatez (Honoré, 2004). Estamos en la sociedad del vértigo, de la velocidad institucionalizada, todo se vuelve urgente, apresurado y veloz (Baurillard, 2006). Estamos en una sociedad que tiene prisa por tener prisa, aunque muchos de los que corren tanto no sepan a dónde se dirigen. Vivimos en un *mundo desbocado*, según Giddens (2000). En esta nueva sociedad se le ha dado un sentido positivo a la prisa, quien la tiene, es una persona importante, quien actúa con lentitud es un lardo, un atolondrado.

Algunas manifestaciones de la celeridad las encontramos en el apresuramiento por tener lo nuevo, lo moderno, la moda, aunque sea perentoria y efímera (Ferro, 1996). Otra manifestación se observa en el privilegio que se otorga a la producción veloz. Cuando las fábricas producen de manera pronta, se dice que son *eficaces* y que son de *calidad*. No importa que la energía empleada en los procesos de producción degrade el medio ambiente y genere cambios climáticos adversos. Una manifestación más de la celeridad, es la exigencia de procesos vertiginosos e incrementos rápidos en el aspecto financiero, y por lo tanto, es necesaria la *competencia*, no importa que sea en perjuicio de la solidaridad humana. Estamos en una sociedad más interesada en la mejora del entorno material, en la mayor productividad, en la innovación tecnológica, pero menos interesada por la dignidad y el desarrollo humanos. Numerosos ejemplos evidencian que es más importante cuidar y enaltecer la imagen de las empresas, aunque se vulnere la justicia, la equidad y la ética en los procesos de producción (salarios precarios, nulidad en prestaciones sociales, trabajo infantil en condiciones esclavizantes). Una característica más de este mundo globalizado se aprecia en la misión que tienen los medios de información (periódico, televisión): crear mundos de fantasía y de ilusiones para que el *consumo* sea rápido, voraz, desmedido e insaciable (Gómez, 1999).

En este mundo que enaltece la cultura de la prisa, de los cambios rápidos, del espectáculo y la seducción a través de los medios de información, no hay tiempo ni espacio para pensar de manera reflexiva y crítica. Ferro (1996), menciona que los medios de información son expertos en la seducción, lo cual es una forma indolora y dulce de escapar de la responsabilidad de pensar. Persuadir en vez de seducir, pensar, aprender a pensar, aprender a aprender, formar hacia la responsabilidad y el compromiso solidario con los otros, son desafíos que habrán de estar presentes en las aulas. ¿Qué hacer más allá de lo deseable o lo probable, para que en profesores y estudiantes sea posible la construcción de antídotos para una sociedad que genera agobio, angustia e incertidumbre? ¿Qué hacer para formar estudiantes que puedan contar con ellos mismos?

La vida de los profesores en la sociedad

El signo que caracteriza el mundo social, el económico, de la ciencia y tecnología es la prisa. El

mundo económico capitalista prefiere la inmediatez, el valor de la gratificación instantánea. La publicidad crea la urgencia para comprar los tenis de moda, los jeans de marca, el celular con funciones cada vez más sofisticadas (texto, imagen, voz, sonido). La mercadotecnia seduce y apremia para comprar la televisión de plasma y una pantalla más grande que las miserias personales (Honoré, 2004). Más allá de lo material, se venden y se compran ilusiones y la pertenencia a un grupo selecto. Cuando se compra la camiseta original que porta el mejor futbolista o el artista de moda, se tiene la fantasía de verse, sentirse y pensarse como esos personajes. Se vende y compra capital social, o como dice Bourdieu (1996), estatus social. En esta sociedad capitalista, los medios electrónicos se encargan de promover el culto a los objetos y comodidades. En vez de propiciar el espíritu de criticidad, los medios encantan y cautivan a los individuos para que crean en todo lo que ven y oyen. La intención es convertirlos en consumidores de ilusiones (Baurillard, 2006). La mercadotecnia emplea de manera reiterada uno de los principios de la MacDonalización: hacer pensar que todo lo que se hace para el beneficio de la empresa, aparente ser en beneficio del cliente (Honoré, 2004).

En este mundo acelerado, todo es correr, hacer más cosas aunque sea de manera superficial; se busca tener más allá de lo que se puede, aunque no se necesite; comprar cada vez más rápido porque lo que se tiene ya perdió su ilusión. La sociedad está constantemente bombardeada por el ensueño de que mientras más se tenga mejor se vive (Honoré, 2006).

La sociedad está siendo influenciada todo el tiempo a través de los medios hacia el **consumo**. Los valores están siendo distorsionados y substituidos por valores inciertos. La publicidad seduce a los consumidores, ofrece: *pagos cómodos, sin enganche, pague el mínimo, compre sin crédito, nos acomodamos a su presupuesto*. La **publicidad** es un espectáculo, emociona a las personas y evita que puedan analizar el mensaje detrás del mensaje. Se publicita que ahora se puede adquirir todo “sin casi esfuerzo”. Pero si la gente analizara los anuncios, si fuera educada, es decir, si tuviera un pensamiento autónomo y madurez emocional, no se dejaría seducir por las novedades innecesarias y superficiales. En vez de libertad, el consumidor queda esclavizado, queda sometido a lo que demandan las circunstancias. No es capaz de dirigir el propio rumbo.

¿Qué pasa con la educación familiar y con la educación escolar? ¿En dónde quedan los valores como el trabajo honrado, el cumplir con las responsabilidades, el pensar en el futuro? ¿Cómo educar para comprar con moderación y resolver primero las necesidades básicas de comida, vestido, educación o casa? Es poco probable que lo haga el Estado, pues no se arriesgaría a perder impuestos. ¿Cómo educar para no ser consumidores insaciables? ¿Cómo hacer posible que la prisa deje de seguir siendo el origen del estrés sin control? ¿Qué puede hacer la escuela, en un mundo donde se vive en una celeridad continua y con un ritmo presuroso? ¿Cómo educar para desacelerar un tipo de vida agobiante, en donde se intenta atender simultáneamente demasiadas exigencias inaplazables, o para que las personas no se sientan inundadas de cosas por hacer? Un ritmo apresurado no permite disfrutar lo que se está haciendo, porque se está pensando en las siguientes actividades.

Los profesores en la vida social cotidiana

El trabajo. El estilo de vida social actual, puede ocasionar agobio y angustia en la vida cotidiana de quienes ejercen la profesión docente, como es el caso de profesores que estudian el

posgrado de Educación. Desde que cursaban estudios universitarios (Contaduría, Ingeniería, Administración, Formación inicial para la docencia en alguna Escuela Normal, entre otras carreras), algunos tenían el agobio y la angustia ante la incertidumbre por encontrar empleo en la profesión que estudiaban, otros estimaban que sí había empleo, pero eran poco dignos y con salarios pobres. Los egresados de licenciaturas universitarias, se emplearon en la docencia, una actividad ajena a su carrera profesional, los más, ingresaron a la docencia porque se les presentó una oportunidad. Una vez conseguida la oportunidad de laborar en actividades escolares, la angustia sigue presente. No tienen la certeza de permanecer en un trabajo para el que no fueron preparados. Esta situación, exige que se preparen en cursos pedagógicos y lo hacen de manera paralela a sus actividades docentes. Saben que deben elegir actividades de desarrollo profesional docente para conservar el trabajo, aunque esto signifique dedicar poco tiempo para su vida personal. Por otro lado, pero en el mismo sentido, las presiones económicas incrementan su agobio. Mencionan que el dinero no alcanza y se emplean en más de una actividad. Antes, un sólo trabajo proporcionaba un ingreso digno, ahora es preciso emplearse en dos o tres trabajos para intentar conseguir un salario favorable (Rifkin, 1996). Los docentes estiman que en la vida cotidiana siempre están corriendo, que es difícil atender el presente porque ya piensan en lo que sigue. Tienen muchas actividades por hacer y la mayoría de las veces las realizan en un tiempo fugaz. Les queda poco tiempo para disfrutar a la familia y para platicar, cara a cara, con los amigos.

El consumismo. Los profesores (estudiantes de la maestría), al igual que los demás ciudadanos, están presionados por una cultura en donde se es, en la medida en que se *tiene*. Luchan para que el comprar y el tener no se vuelvan una obsesión, se esfuerzan para que el consumo no sea el sentido de su vida. Se ven seducidos por comprar objetos de marca, porque da estatus y aceptación social. Batallan contra el afán por comprar lo que está de moda. Saben que los objetos se vuelven obsoletos y tienen claridad de que comprar y volver a comprar los envuelve en un proceso agobiante, porque si no compran, no valen. En ellos se encuentra la angustia de las representaciones y símbolos que la globalización difunde: si compras, compras vida. Expresan que la gente tiene prisa por *triunfar* y poco se detiene a pensar en sus actos. Reconocen que en este mundo, desafortunadamente, la corrupción es el camino fácil y pronto para tener recursos financieros.

La política. Otra de las preocupaciones es la incertidumbre por la política. Suponen que los procesos de elección para ocupar puestos públicos se desarrollan a través de fraudes y corrupciones. Gómez (1999), menciona que los partidos políticos son especie de monopolios, de grupos cerrados de poder y que en su interior, la especulación, la corrupción, la demagogia, la lucha fratricida, el engaño y el incumplimiento de propuestas parecen legítimos por ganar o para permanecer en el poder. El autor añade que el diálogo, la argumentación, el respeto de los acuerdos para la pluralidad y la discrepancia, reflejan las tribulaciones de la democracia zarandeada por el mercado. Algunos profesores enuncian que no disfrutan el presente, porque no tienen claridad sobre las políticas económicas y sociales que vendrán. La única certeza que conciben es que las acciones de los políticos no beneficiarán a la mayoría.

En cuanto a los **medios de información**, consideran que éstos generan incertidumbre en qué comprar, crean dudas sobre cómo resistir ante los valores que imponen y les resulta difícil ir más allá del espectáculo y la seducción que ofrecen los medios de información. Los pro

fesores (estudiantes de maestría), estiman que la decisión por adquirir objetos materiales no siempre es personal, se ven persuadidos por el mundo fantástico que promueven los medios de información. Gómez (1999), indica que el objetivo indiscutible de la publicidad es la persuasión a cualquier precio y con una lógica tan obvia y aplastante que nadie la discute, y que la televisión se satura de movimiento, de ritmos trepidantes, de colores, de formas cambiantes, de sonidos diversificados y estruendosos para mantener la atención sensorial del espectador ante cambios acelerados de realidades que duran segundos. Sin duda, ésta es la base para el aprendizaje acelerado y para la profusión de carreras profesionales prontas. Se pierde la paciencia necesaria para comprender y para disponer de un tiempo sosegado para la reflexión. Es fácil advertir que nuestra propuesta en el desarrollo profesional docente, es el desafío de desacelerar la prisa para dar tiempo al aprender a pensar.

La vida de los profesores en las aulas

El vasto programa que hay que cumplir en poco tiempo, también fomenta la prisa en la enseñanza y en el aprendizaje. Enseñar se reduce a transmitir información, y el aprendizaje se somete a conocimientos memorísticos. No se dedica tiempo pertinente para comprender el sentido y significado del conocimiento; ni para desarrollar habilidades y estrategias para aplicarlo; tampoco para reflexionar sobre cómo enriquecer las actitudes ante el nuevo conocimiento. Cuando la celeridad es prioritaria, no es posible atender a aquellos estudiantes que apenas empiezan a entender algo, cuando ya el profesor *necesita* cambiar el tema. La prisa no permite distinguir lo accesorio de lo fundamental del conocimiento, la preferencia es más hacia la cantidad que a la calidad de los aprendizajes.

Además, dentro de la cultura de la prisa en la escuela, al igual que en la celeridad de la vida social y económica, son las circunstancias las que mandan, uno no es capaz de dirigir el propio rumbo. Se actúa bajo normas, reglamentos, planeaciones inalterables, prescripciones docentes, disposiciones institucionales, todo bajo el emblema de la eficacia y de la vigencia del *orden* y del *progreso*. De manera implícita, en la escuela se acepta que otros han pensado por los estudiantes y que estos ya no tienen por qué hacerlo. En la escuela domina la dependencia y la subordinación. La autonomía, el aprender a aprender y la formación hacia el equilibrio emocional, sólo están presentes como buenos deseos.

Algunos profesores, seducidos por la velocidad, pueden no prestar atención, apoyo puntual y ayuda ajustada a estudiantes con ritmos lentos en los procesos de enseñanza y de aprendizaje. No prestar atención a los estudiantes con ritmos más pausados en el aprendizaje, se justifica con la creencia de que es poco lo que se puede hacer con ellos y, si se les atiende, se pierde el tiempo. Lo redituable es dedicar el tiempo con estudiantes que cuentan con ritmos más acelerados de aprendizaje. Lo mismo sucede en el mundo globalizado, los países altamente desarrollados, no esperan a los países con menor desarrollo, más bien los marginan de toda posibilidad de progreso económico y social, pero los utilizan como mano de obra barata.

Algunas representaciones de los profesores (estudiantes de posgrado), estiman que el agobio y la angustia que se generan en su vida cotidiana, se incrementan con los pesares de la escuela en donde laboran. En la vida social como su vida escolar existen detonadores de la angustia: la velocidad y prisa en las tareas y

contenidos académicos; puntualidad burocrática en trámites administrativos y reportes de calificaciones. Cumplir en fechas y tiempos fijos, exacerban 0

la angustia cuando existen exigencias ajenas a lo pedagógico: interrupciones reiteradas, las más de las veces para actividades escasamente académicas; reuniones de diversa índole, no necesariamente para el trabajo colegiado académico; suspensiones de actividades educativas; tiempo para realizar campañas diversas; número amplio de horas que se dedican para preparar festividades, desfiles o concursos. Según el Banco Mundial, el sistema de educación básica en México, el tiempo para actividades académicas, llega a reducirse hasta en un 50% (Monroy, 2004). La reducción del período dedicado a las actividades educativas, reduce la pretensión de interesarse por la diversidad de los estilos de ritmos de los estudiantes. Lo que urge es que el alumno aprenda a repetir, aunque entienda de manera superficial. Cuando no hay tiempo para hacer posible el aprendizaje significativo, se están reduciendo oportunidades para construir habilidades cognitivas: analizar, resolver problemas, mejorar la argumentación construir un pensamiento crítico, creativo, lógico o divergente, entre otros. Pensar, requiere un tiempo sosegado y tranquilo. La generalidad de los profesores (estudiantes de maestría) no fomenta la reflexión, porque en ellos mismos no existe la cultura de la reflexión, ni la preparación docente para enseñar a pensar de manera crítica a sus alumnos. El aprendizaje de los alumnos transcurre sin reflexión. La repetición, la elaboración de resúmenes, la copia de textos y la evaluación de los aprendizajes se reduce a la exigencia de conocimientos memorísticos, porque el profesor ofrece conocimientos únicos, verdaderos e incuestionables. Como si la escuela actuara en consonancia con los valores dominantes del mundo globalizado, cuando otorgan primacía al pensamiento único, amorfo y débil (Gómez, 1999). Además de las debilidades en la formación cognitiva, cuando no hay tiempo para comprender y construir sentidos valiosos al aprendizaje, se pierde la oportunidad para emplear actividades que favorezcan actitudes y comportamientos éticos, de honestidad, de cooperación para el desarrollo humano y para el compromiso social. Esto incrementa la angustia en los profesores (estudiantes de maestría) y mantiene su afán por su desarrollo profesional docente. A través de sus estudios de maestría en docencia, van clarificando el sentido y significado de su papel como docentes, se dan cuenta de la escasa cultura pedagógica que tienen, situación que genera en algunos de ellos, agobio y angustia por la necesidad de transformar sus prácticas educativas a pesar de las condiciones institucionales y de los efectos nefastos de la globalización.

Una alternativa

Mejorar la formación docente invita a reflexionar sobre antídotos ante la celeridad, para que los estudiantes puedan disfrutar la tarea que realizan, para no querer abarcar demasiado, para aprender a pensar y tomar control del rumbo de la actividad y de los propósitos, para tomar sentido y significado por las tareas que se desarrollan sin perder de vista el proyecto personal, y entre otros aspectos, para relativizar la importancia de las cosas que agobian a profesores y estudiantes. Es inaplazable que desde la función docente se multipliquen estrategias preventivas y habilidades para transformar comportamientos y actitudes para no ser arrollados por la prisa de la vida ni por los demás pesares de la globalización a los que ya nos hemos referido. Es indispensable un punto de

referencia hacia un desarrollo feliz y digno de las personas en donde el pensamiento guíe la acción y controle las emociones.

El desarrollo profesional docente habrá que orientarlo:

- hacia la reflexión sobre actuaciones pertinentes, sobre todo cuando a los alumnos

poco les importa la vida de la escuela porque la escuela no les ofrece fantasías ni ilu

siones, sino la oportunidad para pensar;

- para que puedan fomentar de manera oportuna y acertada la construcción de la seguridad, la autoestima y la toma de decisiones inteligentes por parte de sus estudiantes para controlar su vida y que no esté determinada por las circunstancias ni por los medios de información;
- para construir en los profesores un pensamiento lúcido y argumentado que fomente de manera pertinente comportamientos y actitudes para el trabajo colectivo y la pertenencia a un grupo, en vez del dominio de la competencia y el individualismo;
 - para que cuenten con habilidades para no calificar y evaluar sólo a los estudiantes
que piensan y resuelven problemas de manera más pronta, porque esto discrimina
y margina al diferente.

En síntesis, se sugiere que el desarrollo profesional de la docencia se encamine hacia procesos reflexivos y de equilibrio emocional. Consideramos que ambos aspectos pueden hacer frente a la incertidumbre y ansiedad que genera la prisa y la inmediatez de esta sociedad globalizada. Es necesario dar tiempo a la reflexión como antídoto a las acciones y respuestas espontáneas, las más de las veces, superficiales. Un proceso reflexivo invita a analizar críticamente lo que hace y lo que deja de hacer, a no manejar siempre los conocimientos como insuperables, auténticos, únicos e indiscutibles. Es preciso que los profesores disfruten e incrementen su gusto por la docencia, que la enseñanza sea algo agradable. No podemos soslayar que estamos inmersos en la celeridad, pero podemos enseñar a valorar la vida y a disfrutar el hoy y lo que se tiene. Ante el mundo que camina con rapidez y que celebra de manera permanente el culto a la velocidad, es inevitable que la vida apresurada se convierta en superficial. Cuando nos apresuramos, no logramos establecer relaciones profundas con el mundo ni con alumnos ni con nosotros mismos. Por lo tanto es necesaria la cultura de la reflexión para analizar, criticar y transformar la actividad docente hacia prácticas más valiosas y para tener claridad del sentido y significado de la labor docente. No es apropiado transferir el espíritu desigual e injusto de la globalización, la prisa de la vida social, la cultura de la apariencia, del imperio de lo efímero, la falta de dignidad por la persona o el consumismo, a las prácticas cotidianas del aula. Es preciso un desarrollo profesional docente para favorecer prácticas justas y equitativas de acuerdo a los ritmos de los alumnos, un tiempo tranquilo y sereno para la reflexión.

FUENTES DE CONSULTA

- Baurillard, J (2006). *“Reflexión de valores y educación en la democracia y capitalismo”*, en <http://www.monografias.com/trabajos30/valores-yeducación/valores-y-educación.shtml>. Bajado en marzo.
- Bourdieu, P (1996). *“Los aportes teóricos sociológicos de Pierre Bourdieu”*, en Martínez, R; Ortiz, J.; Gascón, P. y Cepeda, J.L. *Teorías sociológicas contemporáneas*. México: UAM Xochimilco.
- Ferro, J. (1996). *Visión de la universidad ante el siglo XXI*. Bogotá: Uninorte.
- Giddens, A. (2000). *Un mundo desbocado: los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Madrid: Taurus.
- Gómez, A. I. (1999). *La cultura escolar en la sociedad neoliberal*. Madrid: Morata.
- Honoré, K. (2004). *Elogio de la lentitud*. México: Océano.
- Monroy, M. (2004). *Los rostros de la crisis educativa*. México: Castellanos editores.
- Rifkin, J. (1996). *El fin del trabajo: nuevas tecnologías contras puestos de trabajo, el nacimiento de una nueva era*. México: